

Palabras de Francisco Arellano Oviedo en la presentación de la edición conmemorativa de Rubén Darío.  
San Juan de Puerto Rico, 18 de marzo de 2016

## ¿ES RUBÉN DARÍO UN CLÁSICO? Esbozo de una tesis

De los libros encontrados por Rubén Darío, en el viejo armario de su casa —cuando todavía era un niño— al menos uno era un clásico: *Los oficios de Cicerón*. A la edad de esas lecturas, el precoz nicaragüense desconocía aún la morfología y sintaxis del latín. Fue años más tarde cuando la tía Rita recomendó que el niño fuese enviado a la iglesia de la Recolectión, en León, para que estudiase con los padres jesuitas.

Tres tías, frescas como el trébol del campo, tuvo Darío a su lado durante su infancia; lo querían y velaban por su futuro: la tía Rita era adinerada y de gustos cortesanos; la tía Josefa a veces tuvo arranques vesánicos, como el de presentarse al funeral de un pariente vestida de negro y con zapatos rojos; y la tía Bernarda, quien lo crió y él confundió con su madre biológica.

De los maestros que le enseñaron las bases de las lenguas clásicas, el poeta se expresó así: *He de insistir siempre en que los padres de la Compañía de Jesús fueron los principales promotores de una cultura que no por ser —si se quiere conservadora— deja de hacer falta en los programas de enseñanza actuales. Por lo menos conocíamos nuestros clásicos y cogíamos al pasar una que otra espiga de latín y aun de griego.*<sup>1</sup>

Al entrar a la adolescencia, Darío dejó sus sentimientos religiosos y ascética jesuita, por influencia del doctor José Leonard y la de Juan Montalvo, pero mantendría su entusiasmo por los clásicos. Así, entre las espigas de latín y aun de griego, recogidas al pasar, doy cuenta en su poesía de la iniciación melódica.

---

<sup>1</sup>Prólogo que es página de vida. p. 626. *En obras completas de Rubén Darío* (15 de noviembre de 1950). Tomo II. Afrodísio Aguado, Madrid.

En el poema «Máximo Jerez», de 1881, Darío de 14 años, utiliza dos veces el *fiat lux* de origen bíblico; en el mismo poema, escribe también: *¡O Tempora! ¡O mores!*<sup>2</sup> de Cicerón. En otros poemas utilizará: *magna veritas, sui generis, amor lumen, ecce homo, dies irae*. En 1884, de diecisiete años contesta, en una extensa epístola en verso, dos artículos de Ricardo Contreras. Aquí el poeta cita con propiedad el «Ars poética» de Horacio, particularmente el primer verso referido a la unidad de la obra: *Humano capiti* [cervicem pictor equinam iungere] y hace referencia también a Ovidio, quien será otro de sus poetas latinos preferidos, pero estas locuciones serían insignificantes y hasta de mal gusto si detrás de ellas no se advirtiera la vasta erudición del poeta adolescente.

Un año después, el joven Darío usa con mucha facilidad los mitos grecolatinos y los teje con los del trópico centroamericano. Así habla de Jove, Venus, Baco en la «Profecía de Horacio»; de Apolo, Erato, Talía, en el poema «Víctor Hugo»; de Cupido y Flora en «Anacreónticas»; de Venus Citarea en «*Amor lumen*»; de Venus Afrodita, Adonis, Minerva y Prometeo, en *Epístolas y poemas*; también, en la poesía de esta época, alude y menciona con propiedad a Homero, Esquilo —a quien gustaba con la fonética romana— el dígrafo *ch* tiene sonido de *k*; se refiere a Sófocles y Platón; de los latinos, además de los mencionados, cita a Virgilio, Tácito, Juvenal y Tibulo; a los héroes griegos Aquiles y Héctor. No omite a Garcilaso de la Vega, Luis de Góngora y Miguel de Cervantes ni al italiano Dante Alighieri.

Actualmente, usamos —en sentido amplio—, el concepto «clásico» para referirnos a un estilo arquitectónico, a una actividad cultural, a un evento periódico, en el que prevalece como nota esencial la excelencia. Así hablamos de estilos clásicos referidos a la arquitectura y escultura grecolatinas; en música usamos el calificativo para referirnos al arte de Beethoven, Mozart, Bach, Chopin, pero también se habla de los clásicos de los 80, del clásico del fútbol español o del béisbol estadounidense...

---

<sup>2</sup> Marco Tulio Cicerón, Discurso de Marco Tulio Cicerón mediante el cual expulsó a Lucio Catilina, pronunciado en el Senado, [inicio del segundo párrafo]. *Catilinarias*. pág. 2. Universidad Nacional Autónoma de México. 80 páginas en arábigo y CXLII en romanos.

En literatura, existen otros criterios que restringen la extensión de este concepto. Para que una obra y su autor sean clásicos, deben perdurar en el tiempo, ser excelentes en contenido y forma, renovadores de la literatura, tener proyección internacional y traspasar las fronteras de la propia lengua.

¿Podría el nicaragüense aprobar el examen riguroso y objetivo para ser considerado un clásico? En León de Nicaragua, este año nos dimos cita muchos entusiastas de la obra dariana y entre estos, nueve directores o representantes de las academias de España, Chile, Argentina, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, República Dominicana y Nicaragua. Entre conferencias, ponencias y actos conmemorativos, nuestra Academia colocó en el Parque de los Poetas una placa que dice: «Ha pasado un siglo por los versos del Maestro Mágico, mas la poesía de Rubén Darío no pasa con los siglos».

Seguramente que a la elegancia de este texto, la refresca el entusiasmo; pero entre ambos subyace la verdad. Desde hace más de un siglo, el poeta vive, novedosa es aún su poesía, sus crónicas, sus cuentos, sus palabras y la concepción misma de su arte. Jamás Darío ha sido engavetado, está presente en los programas de estudios de casi todos los países hispanoamericanos. En muchas universidades se hacen tesis, monografías, seminarios, conferencias...; artistas plásticos pintan y esculpen su figura, los del pentagrama musicalizan sus poemas y el pueblo lo lee con gusto y lo declama.

Darío persiste porque fue un renovador de prosa y verso; su advertencia aún suena clara: «mi literatura es mía en mí»; su poesía ha perdurado porque ese fue su gran afán: «como poeta, siempre he tendido a la eternidad», y porque en él se cumplen sus propios versos:

*El Arte es el glorioso vencedor. Es el arte  
el que vence el espacio y el tiempo, su estandarte,  
pueblos, es del espíritu el azul oriflame.*

Rubén Darío ha sido reconocido por las cimas de la literatura hispanoamericana en las dos últimas décadas del siglo XIX, en todo el siglo XX y en lo que va del XXI. Así lo fue para la generación anterior a la de él; para sus contemporáneos españoles y americanos; los vanguardistas hispanoamericanos; sus paisanos; y los novelistas del *Boom*. A su muerte, Antonio Machado dijo:

*Pongamos, españoles, en un severo mármol  
su nombre, flauta y lira y una inscripción no más:  
Nadie esta lira taña si no es el mismo Apolo;  
nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan.*

Darío se ha mantenido, leído y querido por los creadores, estudiosos y lectores —como de un clásico lo exigía Azorín—. Escribió obra en español que es la lengua de 600 millones de hablantes, de cuatro continentes y 23 países. Libros y antologías suyas han sido traducidas al alemán, árabe, búlgaro, croata, chino, checo, danés, francés, húngaro, inglés, italiano, japonés, portugués, rumano, ruso, sueco, entre otras.

En mi calidad de director de la Academia Nicaragüense de la Lengua, agradezco y felicito a la ASALE por aprobar la edición conmemorativa del Centenario del tránsito de Rubén Darío a la inmortalidad, a los organizadores del VII CILE por homenajear, en este congreso, a tres creadores hispanoamericanos y por presentar en esta ocasión *Rubén Darío: del símbolo a la realidad. Obras selectas*; a los colegas de mi país e hispanoamericanos que han conjuntado esfuerzos con la editorial Alfaguara de Penguin Random House para hacer realidad este hermoso proyecto.